

# La frontera norte como espacio de pertenencia, identidad y enunciación cultural y narrativa\*

## A fronteira norte como espaço de pertencimento, identidade e enunciação cultural narrativa

Humberto Félix Berumen\*\*

---

### RESUMEN

En el presente artículo se explora el proceso, cultural, social y narrativo, que llevó a la región fronteriza del norte de México a dejar de ser un espacio vacío y sin sentido (*no man's land*) para convertirse en un espacio propio, esto es, en un espacio de pertenencia, identidad y enunciación o de habla. Proceso iniciado desde finales del siglo XIX pero fortalecido durante la segunda mitad del siglo pasado y afincado, de una parte, en la revalorización y reterritorialización simbólica de esa región geocultural del país; y, de la otra, a través del empleo de varios procedimientos discursivos y de escritura, tales como la figuración, la representación y la simbolización literaria de la frontera mexicana (cuento y novela). Mediante la resignificación de la frontera, la consideración de los escenarios narrados como lugares de memoria, la recuperación de varias historias locales y la configuración de una nueva territorialidad, fue posible la creación de un territorio de afirmación y reconocimiento.

### PALABRAS CLAVE

frontera norte; reterritorialización simbólica; espacio de pertenencia.

### RESUMO

No presente artigo, explora-se o processo cultural, social e narrativo que levou a região fronteira do norte do México a deixar de ser um espaço vazio e sem sentido (*no man's land*), para converter-se em um espaço próprio, isto é, em um espaço de pertencimento, identidade e enunciação ou de fala. Esse processo, iniciado no final do século XIX, foi fortalecido na segunda metade do século passado e concluído, de um lado, com a revalorização e reterritorialização simbólica dessa região geocultural do país, e, de outro, através do emprego de vários procedimentos discursivos e de escritura, tais como a figuração, a representação e a simbolização literária da fronteira mexicana (conto e romance). Mediante a resignificação da fronteira, a consideração dos cenários narrados como lugares de memória, a recuperação de várias histórias locais e a configuração de uma nova territorialidade, foi possível a criação de um território de afirmação e reconhecimento.

### PALAVRAS-CHAVE

Fronteira norte; reterritorialização simbólica; espaço de pertencimento.

---

\* Artigo de autor convidado.

\*\* El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Baja California, México.

En un *espacio* 'vacío' no hay poética, no hay literatura (a la manera de Bachelard): solo estando 'lleno' el espacio, el lenguaje -la materia prima de lo literario- comienza a levantar una estructura literaria, en donde contexto y escritura se corresponden y se influyen mutuamente.

(Sergio Gómez Montero, *Sociedad y desierto. Literatura en la frontera norte.*)

¿Desde dónde se ejerce la crítica cultural siendo ella misma una práctica cultural?

(William Row. *Hacia una poética radical. Ensayos de hermenéutica cultural.*)

La frontera rehúye el centro, está en los márgenes, y desde los márgenes puede corroer el edificio de la homogeneización creado por el universalismo centralista.

(Iris M. Zavala, "Escribir desde la frontera".)

De entrada, el largo título circunscribe tres subtemas estrechamente interrelacionados: pertenencia, identidad y enunciación; otro tanto sucede con las citas seleccionadas. Pero adscritos a un territorio en específico: la frontera/norte; y a un género literario en particular: la narrativa literaria (cuento y novela). O, de otra manera, acerca de cómo la frontera/norte pasó de ser un espacio baldío e inculto, al escenario de un notable e importante proceso de producción cultural y económica y, por ejemplo, a ser considerado el paradigma de la llamada posmodernidad; Tijuana en principio.<sup>1</sup> Las preguntas son ciertamente numerosas, por lo que vale mejor ahorrárselas para centrar la atención en el motivo de las siguientes notas. Y yendo por partes bien podemos avanzar por ese amplísimo sendero, pero orientando las reflexiones en los siguientes términos y a fin de deslindar nuestro tema de interés: en efecto, ¿cómo es que la frontera mexicana (y el norte en general) fue pasando de ser un espacio vacío y, por ende, sin aparente sentido, para convertirse finalmente en un territorio propio, quiero decir, de pertenencia, identidad y enunciación? Históricamente había sido un lugar apartado, de la barbarie y la incultura; lo fue luego del desarraigo o de la postergación; y apenas más tarde de la transculturación o la desnacionalización, para ser poco después un sitio de producción cultural a partir del cual sería posible explicarse incluso los procesos de hibridación cultural. La frontera/norte tan vilipendiada de múltiples y variadas maneras resultaba ahora valorada en términos mucho más positivos.

El vacío territorial fue material y simbólico y revela las complejas como contradictorias relaciones de poder entre la capital y el vasto norte del país, así como la no coincidencia entre la percepción de la patria y el inmenso territorio nortero

---

<sup>1</sup> Lo dicho aquí comprende tanto a la región del norte en general como a la región de la(s) frontera(s), aunque en otros casos solo nos referimos a la frontera en particular. Debido a que no siempre resulte fácil hacer los deslindes necesarios, recorro entonces al artilugio "frontera/norte" para referirme a situaciones que aplican tanto a la una como a la otra.

sobre el cual el Estado mexicano solo formalmente ejercía su soberanía (RAJCHENBERG; HÉAU-LAMBERT, 2005; 2011), como malamente hubieron de probarlo los acontecimientos de 1846-48 y antes de eso la pérdida de Texas. La “región focal”, esto es, el altiplano central, monopolizó desde los primeros años del México independiente la representación simbólica de la patria, mientras que la frontera/norte quedó excluida, pensada como tierra excedente y sin que tuviera ningún valor significativo (RAJCHENBERG; HÉAU-LAMBERT, 2005). Las fronteras de la patria no eran pues las fronteras del territorio nacional, y aunque los cambios posteriores fueron paulatinamente modificando dicha situación nunca lograron eliminarlas. Solo en años más recientes, esto es, de los ochenta del siglo pasado en adelante, el desarrollo económico, el crecimiento demográfico, la expansión de los principales centros urbanos, el dinamismo social, aunado todo ello a la creciente integración con su contraparte norteamericana y aun a la facilidad en las comunicaciones, articularon un territorio considerado como un importante polo de desarrollo social. Transformaciones que solo en parte modificaron la relación con la región central, pues ésta seguiría siendo la región hegemónica y quien todavía monopoliza el imaginario nacional. Pero no sin serios cuestionamientos, como se podrá fácilmente comprender.

El progresivo fortalecimiento del norte del país, como era previsible, vino emparejado con la tendencia a ir llenando el vacío histórico y, de igual manera, con la consiguiente representación simbólica gestada ahora desde la frontera/norte misma. Por lo que a través de la creación narrativa de los años más recientes, pero no solo en ella, es posible reconocer los procesos de descentralización, desmitificación, reterritorialización y revalorización, los que explican pero también justifican cómo fue que la frontera/norte pudo generar su propio discurso desde el espacio de la escritura literaria y, asimismo, a ir elaborando un significado de sí ya no dependiente sino a partir de sus condiciones de existencia. Esto es, a pensar y decir la frontera/norte desde la frontera/norte y en función incluso de sus mismas circunstancias. En un movimiento de resignificación que iría trabajosamente transitando de una percepción negativa a una territorialización narrativa realizada desde la construcción de un lugar distinto de enunciación y con otros atributos. Por así decirlo, pasó de ser “un no-lugar bárbaro”, de una identidad denegada y sin valor aparente, a un lugar otro pero ahora de pertenencia y arraigo. Otredad que llevaría a revertir las falacias esgrimidas en su contra para reafirmarse en el reconocimiento de su misma singularidad.

Varias herramientas pueden emplearse para comprender mejor el cambio ahora apenas enunciado. Dos en particular, ambas tomadas de Pablo Edmundo Heredia (2010). La primera es el concepto relativo a la región, que aquí asumimos también como una región geocultural, y en la cual se amalgaman lo geográfico y lo cultural; y pensada como un lugar de múltiples historias, saberes y hablas, debido a que son asimismo lugares de cultura y enunciación, de afirmación y reconocimiento. Por lo que hace a la segunda, retomo la idea que nos lleva a recordar que todo texto literario es un texto de cultura, es decir, un espacio discursivo en el cual afloran

“referencialmente los registros de las diversas prácticas y pertenencias culturales de una región determinada”. Y que, por lo tanto, debemos considerar a la región como “un elemento constitutivo del discurso de los textos literarios”, en los que resuenan “las voces y los registros de una geocultura regional”. Sin embargo, me parece conveniente sumar la noción de regiones “cognoscitivas”, sin omitir su carácter subjetivo, en el entendido de que corresponden a circunscripciones espaciotemporales en las que “cierta práctica cultural ocurre, ocurrió, o viene ocurriendo, en tal lugar y tal momento” (KALIMAN, 2013). La práctica que venimos señalando es la que ocurre, ocurrió y viene ocurriendo hoy en la región de la frontera, o en las regiones culturales del norte, dada la notable extensión territorial, la diversidad geográfica y las diferencias históricas en cuanto a su poblamiento y desarrollo.

Por consiguiente, en lo que sigue habré de releer con la debida atención los procesos tanto de revalorización como de una visible reterritorialización simbólica de la frontera/norte. Procesos en los cuales el trabajo de la territorialización narrativa ha jugado y todavía hoy juega un importante papel; o, en todo caso, deberé señalar que las huellas de tales cambios son reconocibles con relativa facilidad en las obras de los principales escritores de esta parte del país. Antes, por supuesto, de revisar brevemente y en varios párrafos los antecedentes históricos que hicieron posible dichos cambios. Pero como ya se podrá advertir, por ahora asumo la frontera/norte en tanto construcción discursiva, resultado de innumerables operaciones y variadas escrituras. Diría más: desde la perspectiva que ahora me interesa, que la frontera/norte es de hecho una construcción discursiva, el resultado de procedimientos de figuración, representación y simbolización literaria. Lo que de ninguna manera significa obviar la realidad física a la cual se alude.

*La frontera baldía o el desierto de las almas.* Varias preguntas son aquí pertinentes: cómo, cuándo, por qué y para quién el norte del país resultaba un territorio vacío. La imagen tiene antecedentes históricos bastante precisos: parte de José Vasconcelos, aunque no haya sido él el primero en haberlo señalado; los liberales mexicanos del siglo XIX, y antes que ellos los conquistadores españoles, también percibieron el norte del país como un territorio baldío, de muy escaso valor; su genealogía se remonta incluso más atrás en el tiempo, hasta los primeros habitantes del altiplano central quienes consideraban como bárbaros a los habitantes de esa parte del país. Pero sí fue él quien hubo de articular la imagen más consistente y la que, ya codificada a fuerza de repetirse, ha trascendido con el paso de los años. Al referirse a la frontera –donde había vivido durante algunos años y a donde habría de regresar en varias ocasiones- vuelve a poner en escena la mirada cultural que delimitaba un amplio espacio aparentemente en blanco y al que, en los términos de su ubicación, creía localizarlo en un extenso territorio emplazado entre dos polos geográficos distantes entre sí, entre la Ciudad de México y la ciudad de Nueva York. Señalando de esa manera una extensa tierra de nadie, a la que describió así:

Entre estas dos civilizaciones, la española mexicana, que tiene por foco la capital mexicana, y la anglosajona, que tiene por núcleo a Nueva York y a Boston, hay una extensa no man's land del espíritu, un desierto de las almas, una barbarie con máquinas y rascacielos en la región sajona; barbarie con imitación de máquinas y rascacielos en la región mexicana, de Monterrey al Norte (1982, p. 560).

En su libro Vasconcelos insiste en distintos momentos en esa misma visión. Como para muchos otros mexicanos, la frontera norte era para él un inmenso territorio inculto, en el doble sentido de tierra sin cultivar y sin cultura, no civilizado; y tanto más bárbaro cuanto más distante se encontrara de la capital del país. Esto debido a que consideraba que conforme alguien se alejaba de la región rectora de los destinos nacionales -en los términos de Ángel Rama: de la "ciudad letrada" y sus anillos protectores- o de las regiones de las grandes culturas mesoamericanas, irremediablemente la cultura tendería a irse diluyendo hasta desaparecer. Pero al subrayar la polaridad centro-periferia reconoce la existencia de un centro en el cual residiría el auténtico e incontaminado espíritu de la nación mexicana. Foco de irradiación desde donde se diseminaban los valores de la civilización en su largo recorrido hacia las tierras del distante y vasto norte fronterizo. Lo cito una vez más a propósito de esta misma idea: "Quien haya recorrido la sierra de Puebla, la meseta de Oaxaca, ya no digo el Bajío y Jalisco, comprenderá en seguida la impresión del mexicano del interior cuando avanza hacia el norte. Todo es barbarie" (1982). En otras palabras, que a mayor distancia de la región central menor sería el grado de civilización y viceversa.

En la cartografía cultural que se dio en bosquejar, el norte le parecía un territorio en el que todavía se seguía "viviendo a lo bárbaro". Por lo que desde su percepción éste era "el otro México", no solo por lejano sino por carecer de los atributos necesarios para su validación. Decir a ese otro no era, como dijimos, un asunto reciente o tan siquiera novedoso porque finalmente no hacía sino poner de manifiesto, tal vez con mejores recursos que otros (los relativos al relato de viajes, la autobiografía y un estilo literario notable que le conferían una mayor verosimilitud) la concepción ya para entonces bastante asimilada, según la cual se trataba de un territorio alejado y primordialmente incivilizado. Por citar solo un ejemplo más reciente y por partida doble: desde el título de su libro *Chihuahua. Crónica de un país bárbaro*, de 1955, el antropólogo, explorador y periodista Fernando Jordán todavía insiste en señalar la condición de una otredad territorial y bárbara en el norte mexicano; poco antes, en 1951, había publicado también el libro *El otro México. Biografía de Baja California*. En el título de ambas obras resultan evidentes los tópicos sobre los cuales aparecía articulada la visión del vasto territorio norteño: lejanía, otredad y barbarie. Pues como lo resumieran no hace mucho Rajchenberg y Héau-Lambert: "El norte de México, el desierto, se constituye en el otro de la civilización, en su imagen invertida. Si el territorio, como ya hemos dicho, es constructor de identidad, también delimita la diferencia y define la otredad" (2008).

El relato de Vasconcelos resulta ejemplar en ese y en otros sentidos. Escribe teniendo presente las experiencias vividas, pero sobre todo escribe (mira, valora, relata) desde un espacio otro al cual considera el verdadero centro de la cultura y la identidad mexicanas. Habla desde un lugar de poder, pero más allá de las valoraciones implícitas y de los aspectos anecdóticos, o precisamente por eso mismo, como su célebre sentencia según la cual "Donde termina el guiso y empieza a comerse la carne asada, comienza la barbarie" (VASCONCELOS, 1982, p. 682), proyecta una cartografía cultural (y culinaria) cuyo eje conceptual pasa primero por la polaridad civilización-barbarie; antinomia que encuentra su articulación en los tropos de comparación (símil), de la distancia geográfica (cerca o lejos del centro rector) y de la aridez del desierto como metonimia de las carencias culturales. De donde resulta que los tópicos de la lejanía, aislamiento, carencia o falta de vida civilizada marcarían la diferencia radical con respecto del centro nacional. La barbarización del norte pasaba pues por su exclusión, plasmada en una imagen claramente negativa; fue producto de una exotopía, en cuanto al origen externo de la mirada que le diera origen, y plasmada mediante una configuración heteronímica, por lo de su codificación como un espacio contrario o contrapuesto.

La representación metonímica (y metafórica) del norte como puro desierto, apoyada en las connotaciones de aridez y falta de vegetación, facilitaría el trabajo discursivo que imaginó un páramo cultural, el espacio otro y de los otros; resumida en una precisa ecuación analógica: "el norte de México es a la cultura lo que el desierto a la vegetación" (Zúñiga, 1987:199). Desde entonces en el imaginario construido la frontera/norte aparecerá asociado a un lugar de incultura, distante e inhabitado, como si los colonos y los distintos grupos indígenas no existieran ni importaran demasiado. O importaban pero solo porque eran parte de la barbarie que confirmaban su imagen. La centralidad del poder y la centralidad de la letra abocados a la construcción de la diferencia que era necesaria para delimitar diferentes territorios y campos culturales.

*El mapa de las exclusiones o el limitado cuerpo de la patria.* Articulado sobre el mapa de las diferencias, lo cierto es que la región rectora de los destinos nacionales requería de ese otro excluido del orbe civilizado para legitimar con ello su posición hegemónica, reafirmando además su poder de simbolización. Debido a lo cual la nación imaginada aparecía circunscrita a un territorio bastante más reducido de lo que en realidad era el país oficial. Pero si las fronteras de la patria no eran las fronteras del territorio mexicano, el mapa imaginario, en los hechos y no solo en su representación, quedaba dividido en cuando menos dos grandes y diferenciadas regiones con valores asimétricos: entre el país del centro y el país del norte, o entre el centro y su amplia periferia; ésta última marginada pero también silenciada. Ahora bien, si aceptamos que las representaciones simbólicas de los espacios implican una forma de relación, la imagen de un páramo cultural indica que la apropiación material del norte no se había

llevado a cabo. Vasconcelos no lo reconoce así pero es evidente que su mención de un vacío era un vacío dejado por el poder político central.

Una lectura inversa nos lleva a confirmar que, en efecto, era una imagen para ocultar que el territorio no había sido ocupado de manera efectiva. No en vano utiliza la frase “tierra de nadie”, ciertamente en inglés, pero que literalmente significa sin dueño, con el consecuente borramiento de voces y cuerpos. Y para justificar la incapacidad estatal qué mejor argumento que proclamar que el “vacío territorial” era un vacío protector, necesario para poner tierra de por medio entre la región central y las ambiciones de Estados Unidos. De manera que entre las fronteras externas y las fronteras internas quedaba ese amplio hueco que no parecía tener otro propósito que servir de muro de contención. Mientras que las metáforas de la frontera como trinchera defensiva y de vacío protector parecían necesarias para conjurar el peligro de sufrir nuevas pérdidas; imágenes que encubrían la débil apropiación física del espacio norteño, ocupado por la imaginación pero no en los hechos. El mapa contrastivo fue entonces el resultado de una operación de deslinde, por medio de una frontera cultural interna. Mediante una relación de negatividad, la máquina territorializadora puesta en marcha delimitaba el mapa de la patria distinguiendo el espacio otro para delimitar el espacio propio; el vacío territorial era en realidad una proyección del centro, su imagen invertida, que de esa manera delimitaba también su periferia.

*Llenando el vacío o la creación de un nuevo sentido.* No deseo recalcar en la ya tan traída y llevada dicotomía entre civilización y barbarie, pero sí fijar la atención en la noción de un espacio vacío, por cuanto la escritura literaria -y tal es la hipótesis que venimos sosteniendo-, habría rellenado los espacios antaño considerados como meramente baldíos, dotándolos de uno o varios sentidos a la vez. Pienso en la escritura narrativa, pero sin menoscabo de otras distintas formas de representación simbólica, como los poemas, las canciones e, incluso, los corridos de la migración y el narcotráfico, los que también fueron articulando diferentes manifestaciones del imaginario fronterizo. Llenar de sentido el hueco territorial fue uno de los hechos más significativos, después -claro está- de considerar el espesor de una vida social dinamizada por la presencia de múltiples factores internos y externos.

Como ya lo hiciera notar el historiador Manuel Ceballos, suturar el vacío territorial fue resultado del esfuerzo de sociedades cada vez más estables; las que tesoneramente buscaron "llenar la vida fronteriza de sentido" (2003, p. 73). Sociedades, recorro a sus palabras, que viven y mueren en la frontera/norte, que ahí educan a sus hijos, que ahí encuentran sus propios espacios de existencia y que, con sus propios recursos, crearon una cultura propia. Existe, por consiguiente, una historia de hombres y mujeres quienes construyeron e imaginaron otra frontera/norte, a contrapelo de la tan difundida leyenda negra y de otros tantos estigmas. Esa *otra* historia ha corrido paralela a la imagen de la supuesta vacuidad de estas tierras y aparentemente sin pasado alguno. Sin decirlo con esas palabras, el hecho es que la

ocupación material del espacio fue dando paso a una nueva territorialidad, con raíces cada vez más profundas, superando el antiguo desfase con el centro nacional y haciendo énfasis en la singularidad cultural que la distingue.

Es obvio que resumo un proceso histórico de más larga y compleja duración, pero que no podría detallarlo ahora sin tener que extenderme. Baste decir que fue el resultado de una serie de transformaciones ocurridas a lo largo de más de un siglo, periodo durante el cual fueron surgiendo las formas sociales que llevaron a su reconocimiento como una realidad culturalmente diferente. Señalarlas aquí lleva a reconocer la operación territorializadora realizada desde abajo o a ras de tierra, para ilustrarlo de manera gráfica; pero que, ciertamente, tampoco podría desligarse de los programas de integración de la frontera/norte emprendidos en diferentes momentos por el Estado mexicano. Procesos de nacionalización que deberán leerse sobre el trasfondo del impulso modernizador emprendidos durante el siglo veinte o, en el mismo sentido, sobre la tendencia por tener un mayor control de las regiones alejadas. No omito mencionar que las campañas de nacionalización cultural emprendidos por el gobierno federal, como el denominado Programa Cultural de las Fronteras, paradójicamente reforzaron los sentimientos de una identidad regional.

Por lo que ya se puede ir comprendiendo existen, cuando menos, dos experiencias y dos memorias diferentes aunque desfasadas en el tiempo y el espacio. Temporalidades disímiles que revelan la asincronía en cuanto a situaciones y ritmos históricamente diferenciados, las que deberán explicarse a la luz de sus mismas condiciones de origen, pero que, en el caso de la literatura, nos lleva a reflexionar acerca de la desigual distribución de los bienes culturales y del mismo capital simbólico en el país. Y, claro, a considerar la existencia de varias y distintas tradiciones literarias. Las que también deberán estudiarse en su misma historicidad y en cuanto a sus relaciones con lo nacional y lo global. Un entramado de temporalidades literarias diferenciales, imbricadas pero no asimiladas del todo y con diferentes periodizaciones. No señalo una polaridad insalvable, sólo prácticas literarias realizadas en condiciones de producción históricamente diferentes.

*Territorializando la frontera/norte.* Cartografiar, describir y relatar son tareas necesarias para configurar un territorio cualquiera, establecer sus dimensiones y, simbólicamente, trazar sus fronteras. Operaciones o dispositivos para fijar las coordenadas que habrán de prefigurarlos. Esa es en breve la propuesta principal de Marisa Moyano (2003), para quien los términos escritura, frontera y territorialización resultan inseparables en cuanto a la construcción de una nación, en su caso de la nación argentina. Como es obvio, pues no podría ser de otra manera, se trata de la apropiación simbólica de un determinado espacio, pero que tiene y todavía tiene innegables consecuencias prácticas. Y seguramente no escapará a la atención que los discursos literarios, pero no solo ellos, colaboraron asimismo en la configuración tanto de los imaginarios como de la espacialización narrativa del norte mexicano. Dan cuenta de un imaginario literario arraigado, con un fuerte sentimiento de pertenencia

con dicho territorio, asumido generalmente como un elemento de identificación y, queriéndolo o no, tienen mucho de escrituras cartográficas puesto que proyectan los espacios geoculturales. Como verdaderas máquinas territorializadoras produjeron, delimitaron y proyectaron la representación de la frontera/norte, al tiempo que la instalaban en el imaginario social. En resumen, el norte fronterizo, asumido como territorio, paisaje y referente de identidad (RAJCHENBERG; HÉAU-LAMBERT, 2006).

Es a ese proceso al que he llamado la reconfiguración de la territorialidad narrativa de la frontera/norte, por cuanto corresponde a una actividad productora de identidad y arraigo, de apropiación y revalorización llevada a cabo desde la escritura literaria, pero no solo a través suyo. Tarea desplegada, como es comprensible, debido a la intermediación simbólica que articula y reconfigura los territorios y al hacerlo los dota de ciertos valores. Pues si los sistemas simbólicos, incluidos los relatos literarios, según lo precisa Paul Ricoeur (1994, p. 93), hacen y rehacen simbólicamente la realidad, también la organizan, la reconfiguran y le otorgan un sentido particular. A la realidad producida por la narración la considera una referencialidad productiva, desdoblada y de segundo orden. De modo que la "imaginación espacial que constituye el territorio" (MONTALDO, 1994, p. 3) no sería una metáfora más, sin ningún valor explicativo, ya que nos remite a un proceso de simbolización.

*Ficciones fronterizas.* Sin llegar a serlo en sentido estricto, puesto que nunca tuvieron ese propósito ni son histórica, textual o ideológicamente equiparables, las ficciones fronterizas de los autores del norte -me atrevo a proponerlo como una comparación puramente analógica- en la práctica desempeñaron un papel similar al que habían desplegado en su momento las "ficciones fundacionales" durante el siglo XIX, es decir, las novelas que Doris Sommer considera copartícipes en lo que hizo a la formación y consolidación de las naciones latinoamericanas, sus imaginarios y los valores que las deberían sustentar. En nuestro caso puede parecer excesivo atribuirles una tarea semejante, y lo es en parte, pero no es menos cierto que las ficciones fronterizas constituyen también operaciones discursivas que, de igual manera, contribuyeron instrumentalmente a imaginar territorialmente el norte mexicano, haciéndolo visible o ayudando a erigirlo como un referente de identidad. No, como queda dicho, a la manera de las alegorías nacionales posteriores a los procesos de Independencia, pero con acercamientos que no podrían desecharse. Así, y es solo un dato, para María Lebedev *Tomóchic*, la novela de Heriberto Frías de 1894, debiera releerse como la "narración fundacional" que hacia finales del siglo XIX "produjo la aparición del norte de México en el horizonte epistemológico del Estado-Nación" (2012, p. 27). Sería para ella el primer libro del norte en el imaginario simbólico del país, mientras que Tomóchic dejó de ser un territorio ajeno y separado del centro para convertirse en una provincia del interior con voz propia.

Si bien se trataba de un escritor no fronterizo, con su ejemplo he querido señalar que narrar la frontera/norte no es y no ha sido una actividad realizada con un afán pedagógico o limitada a relatar historias con cierto grado de referencialidad,

recreando con mayor o menor fortuna paisajes, ambientes y personajes locales, pero sin incidir en su configuración imaginaria. Es mucho más que una temática, simplemente porque el anclaje territorial de tales relatos revela una determinada visión cultural e implica cierta valorización; por supuesto, la relación subjetiva con ese espacio trasciende lo puramente testimonial. Tienen un carácter fundacional ya que, en tanto “ficciones culturales o fábulas de identidad” (MONTALDO, 1999) dieron paso a una nueva territorialidad narrativa, a configurar y significar el espacio norteño. Narraciones fundacionales o alegorías regionales de una nueva territorialización simbólica, de las prácticas y los discursos que hicieron posible la presencia de varias cartografías desde y sobre la frontera/norte.

Es por ese hecho una narrativa territorializada y territorializadora, fundadora de identidades, de imágenes que trascienden el plano de lo inmediato y lo referencial. Pero la reterritorialización literaria implica, desde luego, una nueva y distinta significación de la frontera/norte. Según hemos visto la densificación de la vida social en las regiones del norte llevó a llenarlas de sentido, a ir las cubriendo de imágenes, las que aluden a las experiencias de sus habitantes, a la conciencia que tienen acerca de su entorno y de su apropiación simbólica. Por lo que si el sentido se disemina del centro hacia las periferias, la resignificación de ese amplio espacio resulta reveladora tanto de la “restitución de las historias locales” como de la generación de nuevos conocimientos, los que “desafían, sustituyen y desplazan las historias y epistemologías globales” (MIGNOLO, 1998). Ocurre también que la reafirmación de lo local a través de las historias regionales es reveladora de ciertas prácticas contrahegemónicas.

*El espacio, elemento de identidad.* Si bien desde el principio fue evidente para la crítica literaria la estrecha relación de los escritores con el entorno geográfico de la frontera (y del norte en general), no resulta innecesario recordar que la identificación con los lugares refuerza las señas de identidad; la que, en efecto, suele articularse mediante fuertes sentimientos de pertenencia a un determinado territorio, llámese ciudades, poblados, sierras o desiertos. Fue como si los escritores del norte hubieran sentido entonces la necesidad de reafirmar su identidad en el reconocimiento del paisaje natural, expresando esos sentimientos con diferentes técnicas narrativas y formas de religación, tan estrechas que a menudo llevan a pensar en una fuerte determinación geográfica. Así, cuando hace algunos años Eduardo Antonio Parra (2004) se preguntaba de qué y cómo escribían los escritores del norte, parecía hacerlo pensando en un sujeto fronterizo esencializado, con cierta idiosincrasia más o menos evidente en las obras literarias; o cuando lo vuelve a poner de relieve en *El Norte. Una antología* y señala que, además de las obsesiones literarias personales, los autores incluidos reflejan “las características de su *ser norteño*” (PARRA, 2015, p. 10). En realidad preguntaba sobre la identidad profunda de la frontera/norte y no sólo acerca de los temas abordados por los escritores o entorno a la lengua literaria empleada, buscando quizás las constantes expresivas o la confirmación un imaginario social reconocible. Tengo para mí que llama la atención sobre la regionalidad de las obras

narrativas y, sobre todo, a ver dicha región como "un elemento constitutivo del discurso de los textos" literarios (HIDALGO, 2010). Lo que es ciertamente diferente.

Establecer la frontera/norte como tópico literario fue el resultado de una operación de resignificación artística, de un acto discursivo para hacerla visible dentro del imaginario social. Devino como parte de una continua revalorización de lo propio (historia, escenarios, cultura), y que igualmente contribuyó a la creación literaria de varias geografías literarias. Pero como quiera que hay sido, y con diferenciadas propuestas estéticas, estos escritores produjeron o reelaboraron el imaginario fronterizo. Lo hicieron con imágenes y discursos que cuestionan y aun subvierten la noción de una identidad nacional homogénea, señalando al mismo tiempo la diversidad cultural de una nación marcada por la heterogeneidad social y por diferentes experiencias históricas. Ensayaron en efecto diversas estrategias de acercamiento, y hoy podemos reconocer varias y distintas topografías literarias de la frontera/norte; desde utopías, distopías, ucronías, etc., pasando por las propuestas narrativas que lo mismo han ido del realismo más o menos tradicional a la narrativa postrulfiana de los ochenta y noventa (Daniel Sada, Jesús Gardea, Rosario Sanmiguel) y a lo que imprecisamente ha dado en llamarse postnorteño, propuesta cuyo origen hay que localizar en Luis Humberto Crosthwaite y que resulta más visible todavía en las novelas de Carlos Velázquez. No cabe desapercibir que han sido también varios los momentos y las formas de radicación y pertenencia, pero que no tuvieron como preocupación principal ni el descubrimiento de lo mexicano en lo fronterizo ni la exaltación del color local, sino la posibilidad de reimaginar, resignificándolo, un amplio espacio de vida.

*Lugares de historia y memoria.* Habría que convenir que la frontera/norte ha sido mucho más que un tópico literario, abordado desde múltiples perspectivas y propósitos; tanto así que una buena parte de las obras de la frontera/norte, pero no todas ni de igual manera, pueden leerse como verdaderas cartografías narrativas, pues antes que metáforas corresponden a espacios reconocibles y, con mucha frecuencia también, son el resultado de incontables experiencias cotidianas. Características que al referirse a un nuevo verismo en la narrativa mexicana de los setenta y los ochenta, en esa vuelta -entre otros asuntos- a los temas y los espacios de la provincia mexicana, Norma Khlan considera distintivas de una novelística que privilegia a sus referentes; es, afirma, la escritura de narradores que parten de "una realidad concreta", cuyas novelas "se sitúan en realidades verificables" y con "personajes que pertenecen a la vida diaria" (1989, p. 4). En muchos casos, agreguemos, con referentes interiorizados desde los recuerdos de quienes han vivido en esos mismos lugares. Esto es, espacios biográficos debido a que toda memoria es siempre cronotópica, y se entiende bien por qué los lugares narrados aparecen con frecuencia vestidos de recuerdos personales. Pueden leerse por eso mismo como cartografías afectivas, de memorias arraigadas, personales o colectivas. Convirtieron los lugares en espacios, en paisajes apropiados y codificados. De manera que si esos

escritores pueden leer las huellas de la historia y al hacerlo reconocen también el sentido del lugar es porque reconocen las marcas del tiempo que, de un modo u otro, muchos relatos pusieron en escena.

Sin entrar en un análisis detallado, baste recordar un ejemplo bastante ilustrativo. En su novela *La sierra y el viento* (1977) Gerardo Cornejo Murrieta recuerda la infancia pasada en la sierra y el desierto sonorenses, y lo hace desde la memoria autobiográfica pero también desde la memoria social, de las duras condiciones de vida en esos lugares, así como los cambios que trajo la modernización del estado y los desplazamientos de un lugar a otro. Una narrativa territorializada entonces a partir de un fuerte sentido de pertenencia, pero igualmente por la historia. Como en su caso, restituir la memoria de esos lugares ha sido el trabajo de varios escritores, con relatos que han venido llenando de sentido el espacio vacío de antaño. Pero esto último sólo ha sido posible debido a que dichos espacios pueden ser interpretados por quien los han vivido e interiorizado.

*Cronotopos de la frontera.* Como bien sabemos las fronteras se viven y se atraviesan tanto de ida como de vuelta, salvo ahí donde los muros devienen en obstáculos infranqueables. Pero justo donde el mapa recorta “el relato atraviesa” y organiza los lugares, debido a que los relatos transgreden las líneas de separación geopolítica y hacen posible la unión de ambos lados de la frontera común (DE CERTEAU, 1996). Tal como ocurre en las novelas *Árboles o apuntes de viaje* de Rosario Sanmiguel y *Setenta veces siete* de Ricardo Elizondo Elizondo. En ambos casos, pero sin ser los únicos ejemplos, la configuración de una región transfronteriza es el resultado de un trabajo de integración narrativa de dos espacios separados por la discontinuidad territorial, suturando la herida dejada por las decisiones políticas de antaño. Ambos imaginaron un espacio binacional integrado por las relaciones de la vida cotidiana, sin olvidar las relaciones asimétricas en cuanto a lo social y lo económico o, incluso, la presencia de las familias y los trabajadores transfronterizos, quienes regularmente atraviesan y configuran escenarios de vida encabalgados entre dos espacios nacionales. Relatos, por tanto, que suturan las fisuras, que rellenan los huecos y que a su manera ficcionalizan el surgimiento de nuevas realidades producidas mediante el flujo de las acciones colectivas; las que antropólogos, historiadores y críticos literarios se han referido ya con diferentes términos: *borderland* (Robert L. Martínez), *fronteras integradas* (Oscar J. Martínez) o *frontería* (Abril Trigo), entre otros. En todo caso, metáforas topológicas que iluminan zonas de entrecruzamientos, de una intrincadísima red social, pues mientras el límite separa, la frontera se ocupa y deviene en un territorio creado por la movilidad entre un lado y otro.

*Resignificando el desierto.* No es menos importante ni menos oportuno preguntar ahora cómo es que la letra captura el espacio, lo sueña o lo reconstruye en su necesidad de fijar sus referentes extratextuales (NATTALÍA, 1995, p. 521); esto es, preguntarnos acerca de las posibles relaciones entre los lugares y la escritura, o entre

los recursos estilísticos que entran en juego y han permitido la representación literaria, resignificándolos, de los principales territorios de la frontera/norte. De entrada hay que reconocer que la regionalidad norteña es también un elemento constitutivo del discurso literario, de su estética y aun de todos los valores atribuidos. En estos relatos el espacio natural se convierte en el "centro de la semántica de la obra" (SLAWINSKI, 2007) y en la base principal para organizar el sentido semántico de los lugares, a la vez que incide fuertemente en las características de la escritura. Es por eso que el espacio de la frontera/norte no solo funciona referencialmente sino que permea el texto mismo en cuanto a su construcción estética, imprimiendo sus huellas en el mismo discurso narrativo, como bien lo ha demostrado Núria Vilanova en los casos de Jesús Gardea y Luis Humberto Crosthwaite. El primero autor de relatos con una estrecha relación con el desierto norteño, tanto así que la escritura misma aparecerá fuertemente impregnada por la aridez de ese espacio: "la escasez de adjetivos, y una sintaxis formada por frases cortas que transfieren la sequedad del ambiente ficticio al propio texto" (Vilanova, 2000:15). Por un lado en la parquedad de los personajes, ensimismados y notablemente lacónicos al expresarse, y por el otro, en la ensoñación lírica de un narrador que funde admirablemente narración y poesía.

El sistema expresivo de Jesús Gardea descansa en el decir narrativo de una voz poética fuertemente enraizada en el medio físico, pues hunde sus raíces en la aridez del desierto y ahí encuentra el soporte imaginativo de un lirismo en verdad deslumbrante. El desierto, paisaje y atmósfera, aparece textualizado de manera fundamentalmente poética. La omnipresencia de un sol calcinante reverbera estallando en un notable lirismo sensorial, expresado en una prosa tan deslumbrante como el sol que ilumina las páginas de una narrativa rica en imágenes, metáforas e hipérbolos sorprendentes. Los ejemplos son tan numerosos como para no tener que repetirlos; basten sin embargo unos cuantos tomados al azar para recordarlo: "No sé si llegue yo completo a la casa de mi amigo, pues sudo como si fuera un país de muchos ríos"; "¿Quieres agua? –Ahorita no. Me sabe sabrosa la oscuridad"; "Leónidas Góngora, bolsita de veneno, nos escupía", etc. Las imágenes son predominantemente visuales y sensoriales, y tienen en la omnipresencia del sol el principal eje de su articulación. Imágenes que nos hacen sentir incluso el sofocante calor de Placeres, el pueblo imaginado por este autor.

*Escribir (desde) la frontera.* Luis Humberto Crosthwaite, uno entre un nutrido y muy diversificado grupo de escritores del norte, ha trabajado libremente y con varios sentidos el ideograma "frontera", y como ya lo señalé no hace mucho (FÉLIX, 2015, p. 165), su obra narrativa se *escribe* y se *inscribe* dentro de una situación de frontera, pero donde ésta última es además el escenario narrado y la condición misma de su enunciación; también debido al hecho de moverse en los límites de varios géneros literarios a la vez. Un escritor, en fin, con una obra fronteriza, de relatos de, sobre y entre las fronteras culturales, genéricas y territoriales, y que, por lo mismo, ha creado

un rico espacio interdiscursivo en el cual aparecen claramente plasmadas las marcas y las experiencias sociales de su origen.

Un breve párrafo tomado de su novela corta *El gran pretender*, publicada en 1992, resulta conveniente para resumir asimismo varias de las ideas que hemos venido exponiendo en este trabajo, en particular la noción de un geotopo fronterizo, en el cual tanto se articulan las nociones de la memoria e identidad cultural como se hace evidente un sentido de pertenencia y enunciación. Aspectos reconocibles en numerosos discursos regionales pero entramados de igual manera en la escritura de varias de las principales obras literarias: "El Barrio es el Barrio, socio, y el Barrio se respeta. Y el que no lo respeta hasta ahí llegó. Si es cholo se quemó con la raza, si no es cholo lo madreamos macizo."

El mismo párrafo abre y cierra el relato, y en ambos casos aparece incluido en páginas aparte. El hecho sirve para delimitar textual y discursivamente un espacio en particular: el Barrio, al tiempo que fija un lugar de habla, de pertenencia y adscripción territorial; también para habilitar a un sujeto enunciator colectivo: el nosotros que lanza las advertencias en un tono claramente amenazador. Esa voz, que luego sabremos que era una voz colectiva y anónima, recuerda lo sucedido veinticinco años antes cuando a partir de la violación de una muchacha del barrio, los cholos tomaron venganza por mano propia y golpearon brutalmente a quien lo hizo. Por su parte la policía organiza continuas redadas en las que arresta lo mismo a culpables que a inocentes. De los protagonistas nunca se volverá a saber nada, pero con su desaparición los cholos entraron en el terreno de las leyendas urbanas y que los más jóvenes se encargarán de contarlas alrededor de una fogata.

La novela recobra así el recuerdo de una historia específicamente local, la de los cholos y la violenta represión policiaca desatada en contra de ese grupo juvenil de los años setenta y ochenta; un grupo contracultural propiamente fronterizo, con sus creencias, sus valores y su lenguaje característico (jerga) pero recreado con oído atento a la prosodia, la economía verbal y el fraseo rítmico de la narración. El "Barrio" cholo, en parte una representación metonímica de Tijuana, sería el barrio de una colonia popular cualquiera, mejor, un microcosmos social marginalizado, pero la mayúscula de la palabra pone de manifiesto que en realidad es mucho más que una pura localización topográfica y que bien podría tratarse de todos los barrios cholos y de ninguno en particular. Si se quiere una microhistoria alejada de la monumentalidad oficial, la que a su manera recrea una experiencia histórica, recordada por una parte de la sociedad.

El relato incide literariamente en la configuración de una identidad cultural fronteriza. Y no resultará difícil reconocer que en la obra narrativa de LHC existe la voluntad de afirmarse en el reconocimiento personal de la frontera, en reivindicar un escenario que sea al mismo tiempo recreación lúdica de una región cultural, espacio de la diglosia y la heterodiscursividad fronteriza. Como sucede en su relato "Misa fronteriza", incluido en el volumen *Instrucciones para cruzar la frontera* (2011), donde

el protagonista establece su identidad de manera inequívoca: "Mi nombre es Luisumberto y soy fronterizo. Me declaro así, abiertamente, sin pena ni gloria"; y lo reitera con relación directa a ese territorio: "Confieso ante ustedes que mi religión es la frontera". Reafirma con ello el sentido de pertenencia, la filiación personal de la voz narrativa: "mi fronterita querida, la llevo en la cartera", "la llevo tatuada". Es sin atenuantes la conciencia de la frontera basada en el autoreconocimiento de la cultura popular norteña y su singularidad. Como sucede en la que es quizá su mejor novela, *Idos de la mente. La increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio* (2001).

*Tierras de identidad.* No sorprenderá tampoco saber que la resignificación de la frontera/norte, que habría conducido al afianzamiento de una o varias identidades regionales, fue incluso un proceso predecible, dada la valorización emprendida desde tiempo atrás y en distintos momentos de una historia de encuentros y desencuentros. Pero como lo ha demostrado José Salvador Ruiz (2009) al estudiar la obra de Luis Humberto Crosthwaite, la identidad de la frontera/norte también habría de dirimirse en el terreno de las ficciones literarias y, agreguemos, no menos que en los discursos de apreciación crítica de tales obras, acerca de su trascendencia o de su presencia en la tradición literaria nacional. Señala que es durante los años ochenta cuando los escritores del norte fueron registrando una cultura fronteriza mexicana, heterogénea y con cierto grado de hibridación, y que hoy esa cultura aparece "en clara oposición a una visión de la nación homogénea privilegiada por el Centro". La mayoría los narradores, en su opinión, asumieron la representación de una cultura e identidad conscientemente fronterizas, al mismo tiempo que negociaban el reconocimiento de una ciudadanía cultural diferente.

Ciudadanía e identidad cultural que no podríamos explicarnos sin recurrir a la historia o ignorando los innumerables relatos literarios que muestran cómo se fue gestando la conciencia acerca de esa región geocultural, pero que también cuestionan, desafían y aun confrontan una identidad nacional homogénea. Una suerte de contradiscurso estético y que habría pasado por un sinuoso proceso de afirmación, de sentido de pertenencia y reconocimiento, así como también por la desmitificación de varios estereotipos. Sin embargo, no cabría desapercibir que no siempre se ha entendido de esa manera; como lo ponen de manifiesto varios investigadores. En su ensayo acerca de la construcción de la identidad nacional y después de repasar las principales novelas mexicanas en las que sería visible el tema del reconocimiento o anagnórisis, José María Espinasa (2010, p. 443) concluye que la llamada novela de la frontera ha contribuido poco al ejercicio del autoreconocimiento nacional y que, por presiones comerciales, insiste en los lugares comunes, sin cuestionar ni su realidad ni su calidad literaria. Sea por desconocimiento o por otras razones, no advierte que, en general, la novela norfronteriza contraviene el discurso de una identidad nacional única, cuestionando la homogeneidad cultural que la sustentaría; que ha ido abonando en favor de la resignificación de lo que antes había carecido de sentido, de

la descentralización cultural y en cuanto a la aparición de una o varias identidades regionales.

*El revés del sintagma.* También Viviane Mahieux y Oswaldo Zavala (2012), los compiladores y prologuistas del libro *Tierra de nadie*, comparten ideas parecidas, empezando porque desde el mismo título retoman el antiguo tópico de una tierra de nadie, bárbara e inculta. Con un tono inexplicablemente acusativo consideran que la novela del norte fue solo una moda efímera y una etiqueta editorial, la que habría sido convenientemente utilizada para explotar el capital simbólico que su publicación pudo traerles a empresas y escritores. Junto con varios de los autores incluidos repiten incluso las erradas críticas de Rafael Lemus -cuyo desafortunado artículo aparece reproducido en el mismo libro- al señalar que los narradores norteros privilegian los temas de la violencia y el narcotráfico. Ellos y los demás autores compilados escriben amparándose en la defensa del centralismo literario como principal fundamento de sus trabajos. Es cierto que no en todos los casos ni con idéntica determinación.

Pero es con esos y otros señalamientos en el mismo sentido que Mahieux y Zavala pretenden relocalizar el "improductivo debate" acerca de la literatura del norte, a la que se refieren utilizando comillas distanciadoras, seguramente para subrayar con ese hecho su rechazo a una realidad a la que consideran inaceptable. En su lugar proponen reencauzar el estudio hacia ciertas producciones culturales, aquellas que se generarían "en relación con el espacio geopolítico designado como norte". Desde su perspectiva el centro y el norte son los ejes complementarios que deben analizarse uno en relación con el otro y no en oposición o tomándolos como alteridades contrapuestas. Aunque pronto se contradicen al considerar que lo que se debe estudiar es "el norte en la literatura mexicana contemporánea, y no al revés de ese sintagma"; es decir, una temática y no una literatura que, además, antes habían reducido a un asunto de mercadotecnia. Pero es precisamente el reverso de ese sintagma, esto es, la literatura en esta parte del país, lo que hoy resulta necesario comprender, y no como un mero tópico literario más sino como expresión y parte de una formación sociocultural.

Las premisas que subyacen en los argumentos de autores y prologuistas explican en parte el sentido de sus conclusiones. Según se deduce, 1) en México no habría más literatura que la literatura mexicana, 2) que no existe ninguna literatura regional que cuestione o contradiga ese hecho, y 3) que las nociones de centro y periferia carecen de relevancia para el estudio de una realidad inmersa en un mundo ya globalizado. En cuanto a lo primero, descartan sin más la diversidad social para asumir una unidad que, no obstante, se ve desmentida por una realidad literaria empeñada en hacerse cada vez más visible; en lo segundo, suponen que no podría haber variantes intranacionales ni tendrían importancia las manifestaciones literarias fuera del centro literario, y en lo tercero, que en tiempos de globalización resulta inconcebible recurrir a viejas dicotomías simplemente porque las diferencias habrían desaparecido. Pero bastaría recordar a este respecto lo escrito por Ana Pizarro cuando

nos recordaba que si bien la literatura es un hecho universal y la experiencia estética no conoce fronteras, las obras por el contrario "surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad" (1985, p. 18) que las viera emerger. Lo que, entre otros aspectos, demuestra que escribir, narrar e interpretar desde los márgenes no podría desligarse de los contextos que les dieron vida.

*El fantasma del regionalismo.* Cuando menos para dos de los autores incluidos en la compilación referida los temas de la identidad y el regionalismo son, o debieran serlo, cosas del pasado, fantasmas de otra época y, precisamente por eso, condenables de antemano. Mientras que Valeria Luiselli (2012) le reprocha a la crítica que vincule las obras literarias con cierta idea de la identidad nacional y, "peor, regional"; añade además que no cree que exista lo cosmopolita y lo local, ni acepta la falsa dicotomía entre centro y periferia. Por su parte Ana Sabau (2012) retoma las novelas de Carlos Vázquez como punta de lanza en la supuesta desestabilización de la literatura del norte, vía la llamada narrativa postnorteña, y cuestiona que exista algo como una esencia norteña; apunta que hay que desmitificar la literatura regionalista, en un esfuerzo por superar la idea de una cierta ontología regional pero que nunca explica en qué consistiría.

Lo regional, según se concluye, sería lo obsoleto, aquello de lo que hay que deshacerse cuanto antes. El error de fondo: creer que lo regional (historia, cultura) desaparece con solo enunciarlo. O, en términos menos ambiciosos, suponer que la globalización acabaría borrando las diferencias, sean nacionales o regionales, pasando de la homogeneización nacionalista a la homogeneización transnacional. Por el contrario, invocar la región como categoría de análisis solo puede entenderse en el afán de profundizar en la pluralidad de las manifestaciones literarias en ámbitos que poseen cierta presencia histórica, a pensar la literatura no *de* si no *en* una región, con un cuerpo heterogéneo de propuestas, estilos y géneros. Una visión que si por un lado desencializa posibles interpretaciones en ese sentido, y aun rechaza la connotación negativa asociada a la palabra región, por el otro reivindica el valor de las literaturas regionales, las que a su manera interpelan las historias nacionales, cuestionan la noción de una identidad única y resaltan las diferencias culturales por sobre la homogeneidad impuesta. Existen otras tradiciones literarias, las que frecuentemente han quedado relegadas y no son reconocidas ni apreciadas como tales.

*La disputa por las interpretaciones.* Son varias las críticas que se podrían hacer y ya se han hecho al libro de Mahieux y Zavala, algunas formuladas por Diana Palaversich, Gabriel Trujillo Muñoz y Heriberto Yépez;<sup>2</sup> y aun podríamos incluir otras tantas observaciones porque en el fondo, si bien se mira, no solo existe la pretensión de invisibilizar la existencia de la literatura del norte, a la que reducen a un mero cliché, o de rechazar sin más el valor de sus producciones, como de reafirmar el poder

---

<sup>2</sup> Los tres aparecen incluidos en *Miradas convergentes. Ensayos sobre narrativa México-Estados* (UCCS, UABC, Editorial Artificios, 2014), de Edgar Cota Torres, José Salvador Ruiz Méndez y Gabriel Trujillo Muñoz, comps.

interpretativo de la “ciudad letrada”. Porque no de otra manera se podrían comprender afirmaciones en el sentido de que todas las obras se “inscriben y deben leerse siempre dentro del contexto general de los discursos de nación constituidos desde el centro” (MAHIEUX; ZAVALA, 2012, p. 13). Seguramente porque consideran que el relato hegemónico de la literatura mexicana empieza a verse seriamente cuestionados y adoptan en consecuencia una actitud más defensiva que reflexiva.

Pero aun sin negar que, en efecto, la ciudad letrada sigue siendo quien sanciona y establece las normas literarias, que organiza el corpus y fija los parámetros de la tradición nacional, es evidente que piensan en un campo cultural limitado a un único sistema literario, claramente jerarquizado, al que le correspondería juzgar las obras literarias y que, por consiguiente, le compete también elaborar los imaginarios y los discursos homogeneizadores. Aceptando incluso ese mismo hecho, no podríamos desconocer que es conveniente ampliar el campo de los estudios literarios a fin de comprender las manifestaciones literarias a nivel de ciertas regiones culturales. Lo que lleva a proponer una visión literaria más plural y horizontalizada que, entre otras tareas, valore la compleja densidad del fenómeno literario, pero que vaya siempre más allá del mero recuento de las obras y analice las prácticas culturales en las que aparecen inscritas de alguna manera. Para decirlo en breve: asumir esas regiones literarias como objetos de conocimiento, reflexión e interpretación.

En este contexto cabe preguntar qué sentido tiene pensar la literatura de la frontera/norte desde la frontera/norte o desde la periferia nacional. Son varios las preguntas por responder, y entre otras: i) ¿desde dónde leer/escribir la literatura que ahí se origina?, ii) ¿cómo, desde ese escenario marginalizado, explicar los procesos de producción, circulación y legitimación literaria?, y iii) ¿cómo, en momentos en los que incluso la antigua relación entre literatura y nación se vuelve problemática, asumir la crítica desde una región periférica? La respuesta no sería otra que enmarcar las expresiones literarias desplegadas en un espacio geocultural históricamente articulado. Idea que también supone una crítica literaria posicionada o emprendida desde una "perspectiva autocentrada", la que Francoise Perus (1995) define como el quehacer del crítico o del historiador en función de un tiempo/espacio específico pero siendo parte de su misma dinámica social. “Soy de donde pienso”, diría por su parte Walter Mignolo (2003).

La propuesta de regionalizar el análisis literario lleva entonces, de una parte, a la revalorización de la región como un espacio legítimo de producción cultural y conocimiento; y de la otra, a horizontalizar la valoración crítica de los productos, por contraste con una apreciación central jerarquizada y que a menudo desvaloriza cuanto no procede de su entorno más inmediato. Regionalización que inicia con el reconocimiento de una región literaria y que no limitamos a la referencialidad de las obras o, incluso, a pensar en la literatura *de* una región, sino, desde nuestro punto de vista, a estudiar la literatura *en* una región determinada y que lleva a considerar uno o varios posibles sistemas literarios, con las diferentes instancias del circuito de la

producción literaria, incluyendo ahí los correspondientes a la circulación y la recepción. Esto es, a pensar en las condiciones materiales o las "variables que tienen que ver con el funcionamiento de la literatura" (KALIMAN, 2013) en una formación cultural y con su propio campo intelectual. En resumidas cuentas, a construir la literatura regional contemporánea como objeto de estudio y espacio de enunciación. En un movimiento de lo regional a lo nacional y viceversa, considerando tanto sus mediaciones como sus articulaciones y sus diferencias.

Es claro, o debiera serlo, que al utilizar el término literatura regional –por lo demás un concepto ya bastante inapropiado- no me refiero al movimiento literario denominado históricamente como regionalista ni, por supuesto, pretendo plantear su resurgimiento. Remito en cambio a la literatura presente en un espacio regional, y como una posible variante interna. Si los espacios, sean nacionales o regionales, tienen una identidad literaria es debido a que poseen “una organicidad suficiente en las instancias más importantes de sus procesos de producción” (CORNEJO POLAR, 1988, p. 143) y no por otra razón. Lo que debiera llevarnos a reconocer que el mapa literario mexicano, con sus distintas tradiciones, es mucho más amplio y que puede contener en su interior varios procesos literarios. Partamos entonces de la condición múltiple de lo literario, a pensar sus manifestaciones desde la diversidad o la heterogeneidad (PERUSE, 1997) y en tanto prácticas socialmente enmarcadas.

*Un espacio de enunciación.* Arribo así al tema de la frontera/norte como espacio de habla y/o de enunciación, y a partir de una cita seleccionada a propósito. Refiriéndose a Juan José Saer, Ricardo Piglia (1990) recordaba que para el escritor argentino narrar era, y "antes que nada, delimitar un espacio y una voz". Pero bien podemos agregar que es igualmente necesario habilitar un espacio para ubicar dicha voz, uno en el cual acontece la enunciación narrativa y que, resulta conveniente aclararlo, no remite al lugar de la escritura, la publicación o la residencia del escritor, debido a que corresponde a un lugar geocultural, por más referencias extratextuales que faciliten su localización física en los mapas. El hecho es que la enunciación aparece situada, pues no acontece en el vacío o en un espacio social abstracto e indiferenciado; el sujeto habla el lugar y lo hace desde un lugar epistemológico, aun si en el texto solo aparece insinuado. Al considerar el punto desde el cual lo hace debemos pensar en un lugar geocultural y no solo geográfico (ACHUGAR, 1996), por cuanto aparecerá socialmente situado en el contexto de una determinada cultura (MIRANDA, 2013), teniendo en cuenta que el lugar está marcado por varios acontecimientos históricos y que, por lo tanto, lo hace implicado en cierta memoria (ACHUGAR, 2003:142). Localización que lleva a determinar la posición del sujeto y el modo de la enunciación (Achugar, 1994, p. 26). Aspectos que Edward S. Said (1990) resumiera en su concepto de emplazamiento discursivo o localización estratégica, debido a que el escritor habla en función de ciertos valores, empleando determinadas imágenes, con un punto de vista y un estilo particulares.

Lo anterior para recordar, como lo hemos venido señalando, que la frontera/norte fue largamente un espacio (de)negado, pero también y por largo tiempo un espacio silenciado, sin voz ni presencia propia, por cuanto carecía de la posibilidad de hacerse ver y, sobre todo, de hacerse escuchar. Y aunque pudiera argüirse que siempre existieron voces emanadas desde su interior, lo cierto es que fueron otros quienes primordialmente hablaron por ella o a cerca de ella, con los resultados ya conocidos. De manera que el tránsito de un espacio mudo a un espacio de habla, del silenciamiento a la posibilidad de constituirse en agente de su propia enunciación, significa en sí mismo un hecho trascendente. La frontera/norte antes silenciada devino, por diversas y contrastadas vías, en un lugar de habla, pues dejó de ser un objeto para los demás para convertirse en el sujeto de su propia historia. Dicho así, es significativo de un movimiento de reivindicación de la frontera/norte como un ámbito también él discursivo. El norte, el margen, la frontera o el espacio vacío de antaño sería ahora un espacio de producción de significados, de una cultura y una literatura que ha ido ganado su lugar en el contexto nacional. Un locus de enunciación cultural que implica una relativa periferia de representación e interpretación desde el cual resulta posible valorar críticamente la producción local, pero de igual manera aquella que surge más allá de su entorno.

*Pensar desde la frontera/norte.* Pensar la frontera/norte como un espacio discursivo y de producción cultural abre el abanico de los problemas, y entre los que considero más importantes los siguientes: desde qué tradición escriben, narran y publican los escritores del norte, qué lugar ocupan dentro sistema literario nacional, cómo ingresan (si es que ingresan) al corpus centralizado de la "literatura mexicana", qué dificultades enfrentan al intentarlo, qué estrategias despliegan (de asimilación o de disimilación) para hacerse de cierto prestigio, qué relación mantienen con el canon establecido, a qué se debe que solo ocasionalmente algunos sean considerados en los recuentos generales (ensayos, antologías), qué recepción tienen y si es que la tienen (fuera y dentro de sus lugares de residencia), cómo son leídas e interpretadas las obras de los narradores del norte, y aun si se trata autores de obras que no merecen la atención de la crítica o mereciéndola con qué criterios son valorados, qué crítica da cuenta de los textos de la frontera/norte, etc. Preguntas -la enumeración podría seguir- que si no agotan una problemática sí apuntan a deslindar un campo de reflexión, ciertamente no reconocido como tal pero que no sería conveniente seguir ignorando. Salvo que continuemos insistiendo en una visión desproblematizada de la literatura mexicana o, como todavía sucede, que olvidemos la existencia de varios espacios literarios diferenciados, con tiempos históricos también ellos diferenciados. Aceptarlo presupone, cuando menos, la rearticulación del campo de los estudios de la literatura mexicana.

Pensar el fenómeno literario desde la frontera/norte, significa entonces hacerlo desde los previsibles márgenes de la literatura nacional mexicana, pero donde la noción misma de periferia -y en este caso una noción tanto geográfica como

política-, corresponde a una condición social (las orillas de un sistema), a un espacio geocultural (la periferia de una cultura), a una categoría de análisis y, en principio, el “lugar desde el que se piensa” (ZULMA, 2015). Mencionarlo no implica atrincherarse en la defensa de ningún regionalismo desfasado, sino apenas el reconocimiento de los contextos en los que dicho fenómeno acontece y que, por razones comprensibles, no sería ajeno a la heterogénea y harto compleja articulación de lo regional, lo nacional y lo global. Por lo que si hubiera que definir a los escritores de esta parte del país diría que en su mayoría son escritores regionales no-regionalistas o, desde otra perspectiva, escritores glocalizados, atendiendo a las actuales circunstancias de los procesos sociales que trascienden los espacios puramente nacionales, debido a que tampoco son ajenos a las condiciones de una intrincada y ya muy extendida hipercomunicación mundial.

Lo que de ninguna manera debiera llevarnos a concluir que la globalización habría suprimido las diferencias que existen entre las grandes metrópolis y sus correspondientes periferias o, en nuestro caso, entre el centro hegemónico y sus variadas regiones, dando paso así a una realidad más o menos indiferenciada. Opinión presente, entre otros, en varios de los autores incluidos en el libro *Tierras de nadie*, para quienes la dialéctica centro-periferia carecería ya de todo sentido; cuando, por el contrario, es de insistir que las desigualdades culturales y literarias no desaparecen y que la noción de periferia sigue siendo una herramienta útil, tanto como realidad geográfica como espacio desde donde pensar los procesos de producción y circulación de la literatura o como una categoría de análisis. Aunque el centro y la periferia no sean ya lo que fueron en el pasado, la relación periférica no desaparece por más que el sentido de los tiempos y las circunstancias hayan cambiado.

Desconocer o, de plano, desechar la noción de periferia no lleva sino a ignorar una parte de la terca realidad, pensando en una uniformidad que quizá nunca será suficiente como para terminar con los contrastes ni con la heterogeneidad de sociedades como la nuestra. Y lo que se pierde, como lo advierte Hugo Achugar, no es nada trivial, pues se “pierde nada menos y nada más que la consideración de las desigualdades en nuestros países y en nuestras sociedades” (2004, p. 75). De ahí que sea necesario analizar las condiciones desde donde se crea y se valora, pero que no lleva a idealizar las diferencias sino a reconocer las variantes culturales y literarias de una formación nacional, con sus historias y desarrollos. Como quiera que se considere el tema, reivindicar la periferia como centro de reflexión es válido lo mismo para la creación que para la crítica literaria. La reflexión también se articula desde un *locus* determinado, y el lugar *desde donde* se habla la frontera/norte se concibe asimismo como un espacio de producción de conocimientos y no sólo como un mero objeto de estudio; por lo que localizar o enraizar la voz enunciativa significa en nuestro caso tanto una ubicación geográfica como una ubicación epistemológica y una decisión política. Un proceso que Nelly Richard (1993) llama de resignificación de la periferia, de pugnar por ganarse un lugar en el campo de la cultura.

*La frontera como centro.* En esta línea de pensamiento vale recordar, finalmente y con Iris M. Zavala (2002) y Juan Villoro (2002), que en su desarrollo las regiones de frontera tienden a irse desmarcando, que rehúyen el centro, lo corroen, lo cuestionan y tienden incluso a crear su propia centralidad. No siempre ni en todos los casos, se entiende, pero sí en el que hasta aquí hemos venido refiriendo, donde la descentralización cultural parece un proceso en curso. Lo señalo para apuntar que en la frontera/norte se quiebra la tendencia homogeneizante del discurso literario centralizador, que ahí encuentra serias resistencias para ser aceptado sin serios cuestionamientos. Por eso, y como lo proponía María Socorro Tabuenca Córdoba (2003), debemos seguir pensando "fronterizamente y pensar *desde* la frontera geográfica".

Avancemos pues en esa precisa dirección.

## REFERENCIAS

ACHUGAR, Hugo. *La biblioteca en ruinas*. Reflexiones culturales desde la periferia. Uruguay: Ediciones Trilce, 1994.

ACHUGAR, Hugo. Repensando la heterogeneidad latinoamericana (a propósito de lugares, paisajes y escenarios), *Revista Iberoamericana*, v. LXII, n. 176-177, julio-diciembre, 1996, pp. 845-861.

ACHUGAR, Hugo. El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (motivos y paréntesis). In: JALIN, Elizabeth; LANGLAND, Victoria. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores/Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2003 p. 1991-216.

ACHUGAR, Hugo. *Planetas sin boca*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2004.

CEBALLOS, Manuel. Consideraciones históricas sobre la conformación de la frontera norte mexicana. In: ARCE, José Manuel Valenzuela. *Por las fronteras del norte*. Una aproximación cultural de la frontera México-Estados Unidos. México: FCE, CONACULTA, 2003, p. 71-87.

CORNEJO POLAR, Antonio. Sobre novela nacional, novela regional, novela latinoamericana. In: ROJAS, Mario; HOZVEN, Roberto. *Pedro Lastra o la erudición compartida*. México: Premiá, 1988, p. 143-147.

CROSTHWAITE, Luis Humberto. *El gran pretender*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 1992.

CROSTHWAITE, Luis Humberto. *Instrucciones para cruzar la frontera*. México: Tusquets Editores, 2011.

DE CERTEAU, 1996, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, ITESO, CFEMC.

ESPINASA, José María. Lamento por una (o varias) identidades perdidas: nacionalismo, cultura e identidad en el siglo XX mexicano. In: BLANCARTE, Roberto. *Culturas e identidades*. México: El Colegio de México, 2010, p. 431-452.

FÉLIX BERUMEN, Humberto. *Fronteras reales / Fronteras escritas*. México: Instituto de Cultura de Baja California, 2015.

GIMENEZ, Gilberto; HÉAU LAMBERT, Catherine. El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad, *Culturales*, v. III, n. 5, enero-junio 2007, Universidad Autónoma de Baja California Mexicali, México, p. 7-42.

GÓMEZ MONTERO, Sergio. *Sociedad y desierto*. Literatura en la frontera norte. 1993.

HEAU-LAMBERT, Catherine; RAJCHENBERG, Rajchenberg A. La identidad nacional. Entre la patria y la nación: México, siglo XIX, *Cultura y representaciones sociales*, año 2, n. 4, marzo 2008, p. 42-71.

HEREDIA, Pablo. *El texto literario y los discursos regionales*. Propuestas para una regionalización de la narrativa argentina contemporánea. Ediciones Argos, 1994.

HEREDIA, Pablo. Exilio y región. Los discursos de la resistencia cultural (Un estudio de la narrativa argentina de los 70 y 80). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011. <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbp0p0>>, consultado el 1 de abril de 2017.

HEREDIA, Pablo. Propuestas para un estudio de las operaciones políticas literarias de regionalización cultural en la literatura argentina. In: MASSARA, Liliana; GUZMÁN, Raquel; NALLIN, Alejandra. *Literatura del Noroeste Argentino*. Reflexiones e investigaciones. V. II, San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy/Univesitaria de Jujuy, 2012.

KALIMAN, Ricardo J. Las regiones subjetivas. Bandoleros argentinos y un chamamé de frontera. 2013. <<http://ebooks.pucrs.br/edipucrs/Ebooks/Web/x-sihl/media/mesa-6.pdf>>, consultado el 10 de mayo de 2017.

KHLAN, Norma. Un nuevo verismo: apuntas sobre la última novela mexicana, *Revistas Iberoamericana*, n. 148-149, julio-diciembre 1989, p. 925-935.

LEBEDEV, María. *Tomóchic*. Espacio último, o del norte como nación periférica. In: MAHIEUX, Viviane; ZAVALA, Oswaldo. *Tierras de nadie*. El norte en la narrativa mexicana contemporánea. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012, p. 27-41.

LUISELLI, Valeria. Contra las tentaciones de la nueva crítica. In: MAHIEUX, Viviane; ZAVALA, Oswaldo. *Tierras de nadie*. El norte en la narrativa mexicana contemporánea. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012, p. 227-236.

MAHIEUX, Viviane; ZAVALA, Oswaldo. *Tierras de nadie*. El norte en la narrativa mexicana contemporánea. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012.

MIRANDA, Echeverry; ANDRÉS, Camilo. *Hablar desde los márgenes*. La problemática de enunciación en la propuesta decolonial de Walter Mignolo. [Tesis para optar al grado de Magíster] Chile: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Escuela de Posgrado, 2013. <<http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/114291>>, consultado el 6 de mayo de 2017.

MOYANO, Marisa. Escritura, frontera y territorialización en la construcción de la nación, *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*, n. 9, 2003, p. 1523-1720. <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/moyano.html>> consultado el 12 de mayo de 2017.

MIGNOLO, Walter. Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina. In: CASTRO-GÓMEZ, Santiago; MENDIETA, Eduardo Mendieta. *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa, 1988.

MIGNOLO, Walter. *Historias locales/diseños globales*. Madrid: Akal, 2003.

MONTALDO, Graciela El cuerpo de la patria: Espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento, *Hispanamérica*, año 23, n. 68, agosto 1994, p. 3-20.

MONTALDO, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 1999.

NATTALIA, Sonia. Sueño y desilusión de la modernidad: imágenes de la ciudad en el fin de siglo latinoamericano. In: STHEPAN, Beatriz González; LASARTE, Javier; MONTALDO, Graciela; DAROQUI, María Julia. *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Venezuela: Monte Ávila Editores, 1994, p. 519-531.

PARRA, Eduardo Antonio. El lenguaje de la narrativa del norte de México, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XXX, n. 59, Lima-Berkeley, primer semestre 2004, p. 71-77.

PARRA, Eduardo Antonio. *El Norte. Una antología*. México: Editorial Era/Fondo Editorial de Nuevo León/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2015.

PERUS, Françoise. El dialogismo y la poética histórica bajtinianos en la perspectiva de la heterogeneidad y la transculturación narrativa en América Latina, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XXI, n. 42, Lima-Berkeley, 2. Semestre 1995, p. 29-44.

PERUSE, Françoise. En torno al regionalismo literario. Escribir, leer e historiografiar desde las regiones, *Literatura: teoría, historia, crítica*, n. 1, 1997, p. 33-42.

PIGLIA, Ricardo. *Diálogo*. Santa Fe: universidad Nacional del Litoral, 1990.

PIZARRO, Ana. *La literatura como proceso*. Buenos Aires: Bibliotecas Universitarias, 1985.

RAJCHENBER A., Enrique; HÉAU-LAMBERT, Catherine. La frontera en la patria, *Estudios Sociológicos*, V. XXIII, n. 67, enero-abril 2005, p. 239-252.

RAJCHENBER A., Enrique; HÉAU-LAMBERT, Catherine. Para una sociología histórica de los espacios periféricos de la nación en América Latina. In: RODRÍGUEZ, José María Calderón. *América Latina: Estado y sociedad en cuestión*. México: UNAM, 2011, p. 149-174.

RICHARD, Nelly. Alteridad y descentramiento culturales, *Revista Chilena de Literatura*, n. 42, 1993, p. 209-215.

RICOEUR, Paul. *Relato: historia y ficción*. México: Dosfilos Editores, 1994.

ROWE, William. *Hacia una poética radical*. Ensayos de hermenéutica cultural. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

RUIZ, José Salvador. Cholos y ciudadanos en El gran pretender, *Casa del tiempo*, n. 26-27, diciembre-enero 2009-2010, p. 59-64.

SABAU, Ana. De las biblias marranas. Carlos Velázquez, por una literatura travestida. In: MAHIEUX, Viviane; ZAVALA, Oswaldo. *Tierras de nadie*. El norte en la narrativa mexicana contemporánea. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012, p. 165-183.

SAID, Edward W. *Orientalismo*. España: Libertarias, 1990.

SLAWINSKI, Janusz. El espacio en la literatura: distinciones elementales y evidencias introductorias, *Criterios*, La Habana, 2007 <<http://www.criterios.es/pdf/slawinskiespaciolit.pdf>>

SOMMER, Doris. Un romance irresistible. Las ficciones fundacionales de América Latina. In: BHABHA, Homi K. *Nación y narración*. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales. Argentina: Siglo XXI, 2010, p. 99-134.

TABUENCA, María Socorro. Las literaturas de las fronteras. In: ARCE, José Manuel Valenzuela. *Por las fronteras del norte*. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos. México: CONACULTA/FCE, 2003, p. 393-427.

VASCONCELOS, José. *Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

VILANOVA, Núria. *El espacio textual de la frontera norte de México*. Literatura de frontera y literatura (trans)fronteriza. Bolivia: Cuadernos de Literatura, núm. 30, 2000.

VILLORO, Juan. La frontera de los ilegales. In: BALAGUER, Menene Gras; MARTINELLI, Emma; TORRES, Antonio Torres. *Fronteras: lengua, cultura e identidad*. Barcelona: Institut Catala de Cooperació Iberoamericana, 2002.

ZAVALA, Iris M. Escribir desde la frontera. In: BALAGUER, Menene Gras; MARTINELLI, Emma; TORRES, Antonio Torres. *Fronteras: lengua, cultura e identidad*. Barcelona: Institut Catala de Cooperació Iberoamericana, 2002.

ZULMA, Palermo. *Desde la otra orilla. Pensamiento crítico y políticas culturales en América Latina*. Argentina: Alción Editora, 2002.

ZUÑIGA, Víctor. La política cultural hacia la frontera norte: análisis de discursos contemporáneos (1987-1990), *Estudios Sociológicos*, v. XV, n. 43, enero-abril 1997, p. 187-211.